



“Salve Dolorosa”, de Sonia Caicheo

JULIAN ANTONIO MARRONE

Insesablemente, toda poeta emprende la tarea de convocar presencias. Algunas de éstas tienen semblante ausente; otras, en cambio, asocian, se propagan, rotuman la inmensidad de lluvia o tristura, tal vez de gorgio avisor o intensidad de consciencia.

Desde que publicara “Hora de lluvia” (1977), “Recordando sombras” (1984) y “Rabiosa en el viento” (1991), Sonia Caicheo, profesora por vocación y escritora encastillada estrafalablemente con su tierra insular, conjura presencias queribles y, sobre todo, las de imposible olvido. Sólo que esas presencias y sombras aprendieron de su sensibilidad de mujer y de escritora a celarse la materialidad de las formas insulares chilicones. Tal instantismo aclara desde un principio el horizonte animador de esta escritora, pues de las circunstancias aprehende mensajes que son sistemas, que son gestos, que son un llamado de secretos y designios.

“Salve Dolorosa” abre un pórtico de dos hojas, de comprensivo carlito como son las palabras introductorias con que sus hijos Francisco y Marcela saludan los textos, ponderan a la autora en tanto sueña y mujer de marcada actitud de servicio y de sensibilidad sin alivio, mientras invitan en buena prensa a conocer las estaciones de una oración tradicional, el “Díce te salve, Reina y Madre...”, rogativa con que se acompañan memorias, se celebran confirmaciones de vida y, desde luego, queda abierta la ventana para que el viento y el granido de los pájaros franqueen los vanos de la tarde o de la soledad.

Micafiti está el mar, el pasado, el vuelo de otras aves y la mirada puesta en otros renovales. La vida es marcada y reconocida para esas mujeres en quienes hace hincapié la autora. Los vientos son párpados y las puertas protegen la intimidad recogida en alumbraimiento, en vigilia, en soledad y en la vigorosa y siempre puntualísima

en los que cada quien puede reconocer persona. Así, nacencias y desprevénidos adioses cumplen con ser los actos cardinales de existencias que aprendieron a callar, a trabajar, a quecer, y a vérselas con súbitos cambios en las costumbres de la duración.

Sonia Caicheo no vocifera, declama poemas en las páginas como quien pronuncia las cuentas de un rosario junto a otras mujeres, expertas en vivir sin teorizaciones ni resabios de saberes como no sean los inmemoriales y los propios en que suspiran pensamientos de la tarde con la reiteración solomna de un rito de entraña y de esperanza:

“Ella es la erigida hasta los
vientos/ la Elvira Parodes/ La
encorvada en la lluvia/ La que
dita en su báculo/ La Elvira
Pérez/ Todas orillamos vol alguna
vez/ Todas cantaron/ Gastaron el
rumo de los días/ Ternizaron se
espera/ para la misa de once/ Per-
fundaron su boca/ Sin ropas fue-
len a veje/ Por las costuras sue-
tas/ Relampaguea la boca de la
muerte/ A veces metas al celador.
O se enfurecen/ Luego caen al
poco del silencio”.

(“Hogar de señoras”)

La voz poética es un tacto en que recalcan, por un instante, las fugas visibles de la presencia invisible que posee lo vivo bajo el sol. Y esa primera voz pronuncia, de este mundo, aquel sencillo e insistente ternizar y desternizarse de la existencia, similar a ese chal del poema, donde el vivir crece en forma de fisnomía, pero también es alma que secreta y que, de a poco, consiente revelar su secreto personal en cada quien.

Interesa en este libro de Sonia Caicheo la concepción y la pertenencia a un mundo apenas percibido por la prisa ulcorada de quienes van a ninguna parte, pero muy portrechados de tecnología y firmados de última generación, como se dice ahora. Pertenecen a tal categoría de proximidad e identificación que desbarata, afortunadamente, toda pretensión de

en “Salve Dolorosa” el cámbulo de silencios que rodean el tiempo femenino del poemario, lo mismo las inmediaciones que los núcleos, la vicinidad y la fuerza que se le opone en el reconocimiento, que así como la confina, también la protege. Elogio implícito, los poemas de Sonia Caicheo tocan la soledad, se hacen presente como visita o respuesta, consuelo y comprensión, prolongan el gusto de la escritura angoliando la romancía prosaica con que se expone el desconocido destino de quienes, como la “Rabia Mirya”, avanzan la jornada con el agravante de la deshonra o la desolación.

A esa voz conmensativa de convocatoria y alusión le acompaña y corona una segunda que, en calidad de preza, busca restar en la madre de Jesús los dolores de la soledad herida, de la que tanto supo ella, y de la debilidad que busca restañarse en quien, como María la Madre, puede hallar amparo cada uno de los “desterrados hijos de Eva”, como dice la antigua oración que sirve de epígrafe a las cuatro secciones del libro.

Las dos voces del libro usan sus propósitos en una misma invocación de ternura. Lo pequeño es grande por obra del afecto, pero de un afecto sin vasallaje de retribución. En este sentido, la palabra poética se desmenuza de aprobaciones porque recoge un voz lo humano en el sentir que suma dignidad y defiende la pueria del sollozo:

“No tengo canto/ para sonrisas de turno/ Ni abrazo/ Que repartir a destajo/ En las hola y hasta pronto/ Bajo siete llaves/ El consuelo de esta palabra/ El beso/ Que record los ojos de los tristes/ Con sus mares oscuros/ En las tardes de frío”.

(“No ánimo a fríos”)

Sin arrogancias ni placebo, la autora no pretende más que sacar la voz para, quíbrala, saltar una deuda de silencios empo-

"Salve dolorosa", de Sonia Caicheo [artículo] Juan Antonio Massone

Libros y documentos

AUTORÍA

Massone, Juan Antonio, 1950-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Salve dolorosa", de Sonia Caicheo [artículo] Juan Antonio Massone

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile